



Las plumas de Pecoraro

Sobre Pecoraro, Gustavo. *Palabra y pluma. Textos políticos y otras mariconadas.* Buenos Aires: La Mariposa y la iguana, 2014. 282 pp.

Javier Gasparri

UNR – PUDS

jegasparri@gmail.com

En un relato de Osvaldo Lamborghini, titulado elocuentemente *La causa justa*, un par de oficinistas se regodean en el jueguito machista, y uno le dice al otro que “si fuera puto, te chuparía la pija”. El problema se presenta cuando los escucha un japonés que también trabaja en la oficina, que evidentemente no entiende o no cree o desconfía de la estructura condicional (“si fuera puto...”) y considera que, si su compañero contempla la posibilidad de chuparle la pija al otro, entonces es puto. Lo que era condición, se vuelve consecuencia. Así entendida la intención del oficinista, el japonés exige que el acto se concrete, puesto que tampoco quiere saber nada de chistes, y entonces –he aquí lo fundamental- lo considera palabra empeñada que, si no se realiza, es palabra incumplida: por eso es una causa justa. Ante la reiterada negación del oficinista, el japonés logra a golpes de boxeo hacer que cumpla su palabra, y al oficinista chistoso no le queda otra que chuparle la pija al compañero.

Además de que, por supuesto, imagino que Pecoraro, a diferencia del oficinista, no opondría ninguna negación ni condicional a tan justa causa, la lectura



de *Palabra y pluma. Textos políticos y otras mariconadas* me hizo pensar en esa palabra que Pecoraro sí cumple y, tal vez más cerca del japonés que del oficinista, invita a hacer cumplir como causa justa. Y esto ocurre cuando se entiende a la palabra como él la entiende, como el arma con la que librar las “batallas discursivas”: sea en el micrófono de la radio, sea en publicaciones periódicas, sea en diálogo con otrxs, sea en la voz mordaz e irreverente de Enrico Pomodoro, los textos que con una pluma de color distinto va escribiendo cada día, y a lo largo de varios años, bien puesto tienen el adjetivo de “políticos” en el subtítulo del libro, incluso –o sobre todo- cuando se trata de mariconadas.

En efecto, la voz denunciante de Pecoraro se moviliza desde la energía militante que tiene bien claro hacia dónde apuntar, hacia qué enemigxs librar la batalla, o dónde se sitúan, porque algunxs son siempre lxs mismxs, pero otrxs van mutando y se lxs puede encontrar donde, en principio, no cabría esperarlx. Por caso, entre lxs primerxs, lxs chupacirios que viven de los “detritus del poder”; entre lxs segundxs, quienes “volantean a la derecha” (un Roberto Piazza, una Flor de la V, un Stephen Jiménez): adviértase, de paso, la preciosa exactitud de las dos expresiones mencionadas, donde claramente despuntan las volutas de la pluma poética en medio de la voz combativa.

Digo que los textos que Pecoraro recopila y articula en este libro son intensamente políticos no sólo por la fuerte intervención que suponen, sino porque se desplazan y se mueven –o yiran- entre diferentes planos en que lo político puede entenderse: uno de ellos, tal vez el más decisivo, o el que más importa, es el sentido que regula formas-de-vida. En este aspecto, creo que tres palabras clave organizan el libro: resistencia, sobrevivencia y comunidad. Y allí, en y con ellas, se sitúa la invitación políticamente vital que Pecoraro nos realiza para que las habitemos. En una de las notas, Pecoraro llama a la resistencia “un tesoro” y se disculpa aclarando que “aunque suene bastante cursi”. No, Pecoraro, no suena cursi: es otro hallazgo verbal magnífico con el cual señalar la energía de esa palabra, últimamente tan banalizada. Y continúa su pluma: “Y seremos felices y



viviremos resistiendo. Que no es mucho más que sobrevivir. O, al menos, una buena receta sobre vivir”. Por eso, y porque “Nuestras vidas políticas pasaron a ser combates. Nuestra salud, lucha. Nuestros cuerpos infectados, campos de batalla”, se afirma la comunidad, que bien puede ilustrarla a escala mínima sus propias palabras al despedir la tercera temporada de *El Vahído*: se trata del “espacio colectivo donde conversar las diferencias y plantar nuestro afecto como bandera”: “esa mística del mantel tendido para todas y todos”. Porque, insiste Pecoraro, “el punto de encuentro tiene que ser el afecto”.

En una presentación en Buenos Aires, Alejandro Modarelli hablaba de “asomarse a un mundo en ruinas”, y esa noción de “ruina” aparece también en el texto suyo que se incluye en el libro, y de inmediato me recuerda al modo en que Walter Benjamin entendía la productividad de la ruina para construir el relato de la historia y su propuesta de que “articular históricamente el pasado significa rescatarlo tal como relampaguea en un instante de peligro”. Por cierto, algo que moviliza a Pecoraro (y nos tropezamos así con otra torsión política, puesto que por definición la escritura de la historia es siempre un gesto político) es aportar su testimonio para la “reconstrucción de una historia que fue silenciada y menospreciada constantemente, hasta que el marketing que tiñe la política democráticamente de izquierda a derecha le vio el filón”. Por el arco cronológico que cubren los textos recopilados, pero también por ser testigo privilegiado, los relámpagos del pasado que trae Pecoraro satisfacen con creces un aporte para esa historia, sobre todo los del “antiguo activismo que visibilizó nuestros reclamos en tiempos de soledad”. Y esto no puede sino articularse con la afirmación de una voz propia, que nadie confisque o usurpe: “Porque, ¿quién va a hablar de nosotras y nosotros? ¿Un grupo de heterosexuales bienintencionados que esconden bajo sus buenas intenciones los privilegios del patriarcado? ¿La campaña marquetinera de moda? ¿La empresa que ve el filón para vender algo siempre para beneficio propio? ¿Un par de farsantes de turno? No. Nuestra voz, que tanto tiempo nos censuraron, es nuestra y nadie podrá ningunearla nunca más”.



Bien sabe Pecoraro que la experiencia hecha que busca articularse en la memoria de esa historia es intransferible (“Transferir experiencias es bien difícil, pero mucho más lo es transferir el afecto construido colectivamente”); y sin embargo, insiste, persuadido de que las nuevas generaciones merecen tener presente estos *tesoros* (es decir, esta memoria de la resistencia y de los afectos). Por este modo inteligente de entender la cuestión, Pecoraro hace memoria sin caer en las retóricas de la memoria. La simplicidad por lo general maniquea o cholula del ‘yo estuve ahí’, ‘yo vi’, ‘yo padecí’, aunque sin duda resulte valiosa en términos documentales o incluso jurídicos, encuentra aquí una torsión que no encasilla los relatos y los lleva desde la historia a la literatura, la crónica, el ensayo. Al no haber regodeos narcisistas, ni siquiera buenas intenciones (valga la paradoja, en el mal sentido de las buenas intenciones: cuando son ejemplarizantes, o directamente dogmáticas o moralinas), Pecoraro se puede abocar a relatar, en la gran tradición de la crónica testimonial latinoamericana (que dicho sea de paso cuenta con ilustres nombres maricas como Lemebel, Perlongher, Caio Abreu, y por qué no, María Moreno), lo que vio, lo que vivió, y también instantáneas de las vidas de sobrevivientes de los años jodidos como su amigo Carlos Jáuregui o como Ilse Fuskova o como Lohana Berkins –entre otrxs-, es decir, personas que nos abrieron camino y cuya memoria es preciso sostener por la deuda contraída con ellxs, esto es, porque sin sus acciones probablemente hoy la historia sería distinta, sin duda para peor.

Y hay, también, una memoria (testimonial, política y económica) del VIH-Sida, oportunísima y necesaria, que ocupa destacados tramos del libro en editoriales, notas, entrevistas, y que recuerda cuando “los velorios pasaron a ser espacios de sociabilidad pero también de militancia”, que vuelve a toparse con lo afectivo intransferible como desborde frente a la insuficiencia del lenguaje o la limitación de la palabra (“¿cómo contar la sensación de besar la frente fría de aquel que tantas veces besaste en la boca?”), y que nuevamente pone de relieve



la actitud que afirma la vida con alegrías y tristezas como la de cualquiera: “Salir del lugar de la víctima es una excelente receta terapéutica”.

Pero en algo Pecoraro *no se la come*: no todos los putos son buenos, ni iguales. Y esto podría extenderse a toda la comunidad LGTBI. Acá se sitúa en un lugar que no es condescendiente ni complaciente con lo políticamente correcto porque se desplaza hacia el repudio de los microfascismos de quienes “volantean a la derecha”. Por eso, aunque Pecoraro desee la afirmación comunitaria -“la mística del mantel tendido”-, el lazo comunitario necesita ser reexaminado y cuestionado cuando “el punto de encuentro” deja de ser el afecto. De allí que se plante en un sitio de a ratos incómodo y arriesgado, o a veces con rabia (con una rabia necesaria, diría). Y es por eso que no posa de políticamente incorrecto: a no confundirlo con las formas marketineras del activismo que banalizan o moralizan el malditismo necesario de lo políticamente incorrecto -por definición inmoral- y lo despotencian de su corrosividad. O como dice Ernesto Meccia en su presentación del libro, “los narcicismos de la pequeña diferencia” que inundan el universo político LGTBI. Se trata, entonces, de una toma de posición que no por jugada deja de ser irónica, ingeniosa o *locamente* alegre, escapando a la solemnidad que suele tornar aburridos los discursos de batalla o cualquier causa cuando ese tono los monopoliza: pienso, por supuesto, en la voz de Enrico Pomodoro, una ficción política en su sentido más radical, que bien podría ilustrarse con la definición que de sí mismo da: “políticamente incorrecto justo hasta ahí (porque con ciertas cosas antes que nada la justicia)”. Políticamente incorrecto, entonces, en su sentido más intenso y, por ende, interesante: movilizar la interpelación que corroe los decires políticos bienpensantes, incluso los del activismo cuando deviene norma-lidad, norma-tividad (palabras éstas, dicho sea de paso, tan llevadas y traídas entre tanto *paper* y tanto kiosco).

Pecoraro desea: desea “que la calle sea un territorio florido” y “que la mierda se vaya finalmente por las cloacas”. Pecoraro invita: invita a concebir una *matria* (y era hora que entendamos de una vez que patria viene de padre y



patriarcado): “la habito con dolor, pero la deshabito con esperanza”, dice. Se trata, podría pensarse, de tener mucho ojo con una identidad de la que ya conocemos sus límites encasillantes, pero de cuidar, al mismo tiempo, la afirmación combativa para no ir al polo de la invisibilización o la domesticación, esto es, la tensión de una palabra que se sostenga en el esplendor de sí misma, y que no se pretenda políticamente desentendida de lo que la impulsa –en un polo- pero tampoco, en su afán de la causa, meramente preceptiva –en el otro-.

Hay que agradecerle a Gustavo este libro. Sobre todo los que nacimos con la democracia, nos criamos en los ‘90 con los *spots* publicitarios contra el sida que te metían pánico, empezamos a putanear hacia el 2000 con unos forros siempre en el bolsillo, nos agarró (para domesticarnos o para ponernos en guardia o rebelarnos: cada quien sabrá) la cultura *friendly* en todo su esplendor y el activismo se nos presentó entre las ONG, la academia y la política partidaria. Esa es mi marca generacional, y por eso creo que su voz tiene mucho para decirnos (y no es que la trate de vieja). Aunque los textos más actuales ya los conocíamos (del *Soy*, de *Corresponsales Clave*, de *El Vahído*) el precioso arcón que abre y la galería de entrevistas en las que su palabra entra en diálogo constituyen (quiero usar esa expresión otra vez) “un tesoro de la resistencia”. Entre las entrevistas, no puedo dejar de regodearme en que allí esté Luca Prodan, el chongo mayor del punk-rock argento, entre tanta pluma, tanta mariconada y tanta disidencia sexual. Y no me parece que desentone con el libro, sino muy por el contrario: un reventado, un emergente de la contracultura *under* (o del “engrudo”, como lo traduce la Noy) compartida con tantxs otrxs que encontraron allí la *fiestita*; y además, si es cierto su mito homofóbico y si es cierta la anécdota (que aunque no sea cierta suena verosímil) de que una vez lo quiso agarrar a trompadas a Federico Moura por puto, entonces ahora emputecerlo a él en la galería de *Palabra y pluma* me parece casi una justa reparación histórica.

La *boutade* es bien conocida por todxs: ojo de loca no se equivoca. Y cuando se trata de una marica lenguda y filosa como la Pomodoro, o cuando se



trata de pensar la supervivencia de todxs lxs fugitivxs de la heteronormatividad, no sé si la equivocación está ausente del conocimiento pero de lo que estoy seguro es de que internarse en sus ruinas es meterse en el barro y encastrarse en sus escondites: las plumas, por supuesto, terminarán salpicadas. Pecoraro, jamás desplumada, no sustrae a sus plumas del barro y desde allí enuncia su palabra: en sus grietas verbales se articula su deriva (o mejor, su *yire*) que filtran poesía, ficción, discursos de batalla militante, crónica, personajes... Resulta de lo más interesante poder leer sus (dis)continuidades, es decir las diferencias e inflexiones y a la vez la energía política que los nutre, que va pareja en intensidad. La presentación de Enrico Pomodoro bien puede derramarse a todo el libro cual manifiesto, cuando se refiere a sus “alocados y exhibicionistas relatos autobiográficos” como “las memorias que algún día publicaré en varios idiomas y con material interactivo”, o cuando expresa su “voluptuosa necesidad de vivir feliz, llena de sexo, chongos, amigas, alcohol y deseo, que de eso se trata también”, o cuando plantea que “la clave fue y es el humor, incluso para la denuncia”, o cuando se confiesa “una marica feliz y duradera”. Y por sobre todo, cuando advierte: “Pero recuerden que estoy viva, perras”.

